

XII

Entretanto, los amigos de la familia Bernard des Vignes han tenido noticia de la enfermedad. Un grupo importante de la sociedad parisiense, el mundo del segundo imperio, donde la señora de Bernard es muy querida y respetada, se ha conmovido con la triste nueva y redobla sus manifestaciones de simpatía. A cada momento se detienen carruajes delante de la casa del muelle Malaquais. El lacayo salta ligeramente del pescante, entra en la portería, pide noticias y deja una tarjeta.

La hermosa casa del siglo último donde viven los Bernard no está provista, como hoy es moda, de una especie de can-

cerbero insolente que lee el periódico y se calienta las tibias en un salón con ciere de cristales en que triunfan la encina tallada del faubourg San Antonio y los chinos de ocasión del Bon Marché. Se contenta con una portería del «antiguo régimen» donde se ve en el fondo de una alcoba el edredón encarnado de una cama de matrimonio, y que perfuman dos veces al día las preparaciones culinarias, cuya base es la cebolla. La portera, la señora Renouf, está en perfecta armonía con la apariencia íntima y patriarcal de su habitación. Aquella mujer gruesa, ya entrada en años, cuyo marido, ordenanza en un ministerio, encera las escaleras todos los sábados, está casi siempre sola para guardar la casa; y para combatir el fastidio de sus funciones sedentarias educa y cuida con amor en una jaula colgada de día junto á la portería y de noche encima

del fogón, muchas dinastías bulliciosas de canarios y verderones.

La señora Renouf no se limita á comunicar el boletín del médico á las personas, señores ó criados, que van á enterarse del estado de Armando Bernard, como harían con reserva diplomática los altivos funcionarios, los porteros caballeros de la avenida de la Opera ó del boulevard Haussmann. Parlanchina y sensible, corrige la sequedad de aquel documento con algunas reflexiones de su cosecha y se enternece en estilo porteril hablando de las ansiedades maternas de la señora de Bernard y de los padecimientos del joven é interesante enfermo.

A la portería de la señora de Bernard acude todas las tardes Enriqueta á saber noticias de Armando, al salir del taller.

La última vez que le vió estaba ya muy indispuerto y la dejó muy preocupada,

prometiéndole escribirla al día siguiente. Pero pasó un día y luego otro sin que viese llegar la esperada carta. Cruelmente inquieta, hizo un esfuerzo de valor y traspasó de nuevo, temblando, el umbral de aquella casa que la daba tanto miedo, de aquella casa donde viven el hombre á quien ama y la mujer que la ódia.

Enriqueta no ha ido desde hace seis meses y espera que nadie la conocerá.

Pero la señora Renouf tiene mejor memoria y en cuanto ve á la joven exclama:

— ¡Ah! ¿Es usted, señorita Enriqueta? ¡No la vemos por aquí nunca! ¿Viene usted sin duda á saber cómo está el hijo de la señora de Bernard? ¡Ah!... Nada bien... pobrecito... Parece que decididamente es la fiebre tifoidea. Pero... ¿qué tiene usted? Está usted pálida... Ay, Dios mío, se pone mala...

Enriqueta vacila en efecto con el cora-

zón traspasado. La señora Renouf la hace sentar en su sillón, el ancho sillón donde ella da cabezadas por la noche al lado del cordón; luego busca su frasco de agua de melisa, no lo encuentra y empieza á aturdirse. Pero la griseta que desfallece deja caer su frente sobre el hombro de la buena mujer, y sin fuerza para contener su dolor exclama rompiendo á llorar:

— ¡Armando!... ¡Mi pobre Armando!

No necesita la señora Renouf más amplias confianzas. Estupefacta al pronto, no ha tardado en comprenderlo todo. Pero la vieja tiene corazón. Sin duda ha amado como otra cualquiera en sus buenos tiempos, y le revuelve la sangre ver tan apenada á aquella bella joven, y hace todo lo posible por animarla.

— ¡Cómo, señorita Enriqueta! ¿Es usted la amiga del señorito Armando? Temo, querida mía, que hayan hecho usted y él

una gran locura. Pero ahora no se trata de eso. En primer lugar no hay que desesperarse... Está enfermo, es verdad, pero es joven y tiene resistencia. Se curará, lo apostaría... ¡Vamos, vamos! Tranquilícese usted... ¡Oh! Ya lo sé... Esos dolores hacen padecer mucho... cuando se tiene un sentimiento... Yo he pasado por eso, porque no siempre he sido una vieja ridícula que cria canarios... ¡Cómo! ¿Llora usted?... Pues bien, deje usted correr las lágrimas. Después de todo no hay más que eso que consuele.

Y la pobre mujer, que enternecida viendo llorar á la joven, estaba á punto de llorar también, atrajo sobre su ancho pecho la linda cabecita desolada y la acarició dulcemente.

—Señora Renouf, usted no era más que una simple portera, y lo que es más, una portera á quien no tolerarían en una casa

que se respete. Su portería apesta á cocina, á cebolla y á pájaros. Usted no era más que una vieja muy rara y muy vulgar—y la nariz compasiva que inclinaba sobre Enriqueta estaba atestada de tabaco.*—Sin embargo, bendita sea usted, señora Renouf, porque bajo su ropa de india amarilla con florecitas hay algo más difícil de encontrar de lo que generalmente se piensa: un corazón indulgente y bueno. Y gracias á usted esta hija del pueblo, esta pobre enamorada, cuya falta era tan perdonable y á quien la dureza de las leyes sociales niega el consuelo de abrazar á su amante en la agonía, pudo al menos reposar un instante su frente cargada de dolor en un seno de mujer y sentir palpitar un poco de compasión maternal.

Todas las tardes Enriqueta acudía á pedir noticias de Armando á la señora Re-

nouf, después de terminar su trabajo. Porque este es el destino de los pobres: necesitan trabajar y ganar la vida aunque tengan el corazón lleno de amargura. Con el barro y la niebla de las noches de invierno, corría bajo los pórticos de la calle de Rivoli, atravesaba el desierto del Carrousel, y los que veían á la fría luz de la electricidad aquella griseta desfilando con pie ligero y la falda levantada, podían ¡ay! imaginar que corría á una cita galante. Pero en cuanto llegaba al puente de las Artes Enriqueta acortaba el paso. Allá sobre el muelle, en una ventana que conocía perfectamente, distinguía una luz que brillaba débilmente. Allí era donde su amado luchaba con la muerte. Entonces se sentía invadida por un temor súbito y procuraba retrasar el momento de entrar en casa de la señora Renouf. Las últimas noticias eran muy alarmantes: «Fiebre intensa. El

enfermo muy agitado.» ¿Qué iba á saber todavía más siniestro y terrible?

Y así llevaba ya diez días, durante los cuales la pobre muchacha había vivido envuelta en una atmósfera de espanto.

Sin embargo, una de las oficialas de Pamela que había tenido la fiebre tifoidea y á quien Enriqueta interrogó sobre la terrible enfermedad, le dijo que el peligro de muerte, después del noveno día, si no estaba conjurado, por lo menos disminuía. Esta es una preocupación popular que la esperanza de Enriqueta aceptó apasionadamente. Quiso creer y creyó que la juventud de Armando saldría victoriosa de la lucha, que se curaría, que ya estaba mejor. Aquella tarde se acercó con paso más firme al muelle Malaquais y casi confiada levantó el picaporte de la portería.

¡Gran Dios! En la mesa redonda, al lado de las tarjetas amontonadas, no ve

aquella hoja de papel, el boletín del médico, cuya sola vista la llenaba de terror y sobre el cual sin embargo se arrojaba con tanta avidez. La señora Renouf, con aspecto de consternación, se levanta de su butaca, deja caer los brazos... ¡Todo ha concluído!... ¡Armando ha muerto!

¡Armando ha muerto! Un dedo invisible lo ha señalado entre toda la turba humana; un hálito misterioso ha soplado sobre él, y aquel espíritu luminoso, aquel corazón ardiente de amor, aquella mirada en que flotaba la sombra de tantos dulces y hermosos ensueños, aquel foco de juventud, aquella llama de esperanza, todo se ha extinguido bruscamente como cae y se extingue una estrella en el sombrío azul de una noche de septiembre.

¡Armando ha muerto! Dentro de dos días sus jóvenes amigos de las escuelas

estarán reunidos junto á una tumba abierta. Teodoro Verdier, sinceramente poeta, en tan triste ocasión leerá algunas estrofas sentidas, un adiós conmovedor. En seguida los estudiantes se dispersarán á través de las calles húmedas y deshojadas del cementerio, abandonándose á la pasajera tristeza de que es capaz la juventud. Después volverán á sus placeres, y el recuerdo del compañero desaparecido se borrará poco á poco de su memoria.

¡Armando ha muerto! Cerca de los Inválidos pondrán un cartel amarillento á la puerta de una casa amueblada. Dentro de poco tiempo «la habitación de oficial superior», vuelta á su destino normal, tendrá en todos los rincones sables de reglamento y botas con espuelas. Y el espejo delante del cual Enriqueta se ponía el sombrero antes de partir, mientras Armando la sorprendía aún con un postre

beso en la nuca, el espejo verdoso y mal azogado no conservará huella de aquellos dos rostros encantadores.

¡Armando ha muerto! Al otro lado de los mares y de los continentes, allá en el extremo Oriente, el general Voris recibirá en su casa de bambú dentro de algunas semanas la esquila de defunción llena de sellos del correo y manchada por el cloruro de los lazaretos, y pensará lleno de amarga melancolía que la única mujer á quien ha amado le sacrificó á aquel joven que no debía vivir.

¡Armando ha muerto! Cerca de la almohada donde reposa su cabeza pesada y pálida, que ha recobrado por algunas horas después del último suspiro una belleza joven y serena, su madre rodeada de mujeres enlutadas, su madre, que da pena verla, se retuerce en un dolor trágico y lanza gritos de bestia salvaje, rugidos de

Hécuba, mientras abajo en la portería, sobre la cama, de la que ha desaparecido el edredón encarnado, está tendida Enriqueta con el corsé abierto, el rostro bañado en lágrimas y desmayada por segunda vez en brazos de la buena señora Renouf, que la moja las sienes con vinagre y la habla mimosamente como á una niña enferma.

XIII

Después de la muerte de Armando hubo entre todos los que conocían á la señora de Vernard des Vignes una verdadera conspiración de amistad para no dejar á la desgraciada madre sola con su desesperación, y rodearla y distraerla. Entonces recibía la digna recompensa de su noble existencia, toda de honor y de virtud, encontrando verdaderas amistades donde no creía tener más que relaciones sociales, y descubriendo sentimientos sinceros en mujeres que hasta entonces había creído muy superficiales. La soledad en que al pronto quiso encerrarse obedeciendo á un primer instinto de retraimiento, fué dulce-